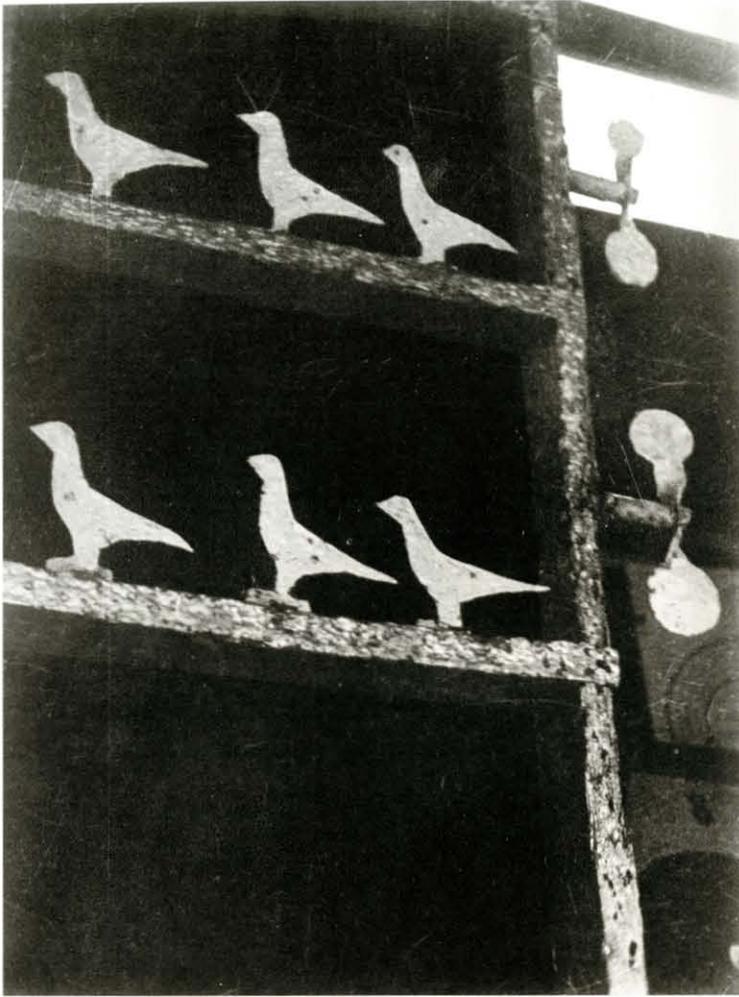


A propósito de Álvarez Bravo: vida propia de la fotografía

Luis Cardoza y Aragón



Pajaritos del tiro al blanco, ca. 1932

La fotografía, en su afán de rivalizar con la propia pintura o, acaso bajo la influencia de las letras, se ha encaminado, hace tiempo hacia el artificio, a base de retóricas en las formas, luz, composición, ángulo de visión, hasta constituir en su busca desesperada, un arte por sus posibilidades, sus triunfos y peligros.

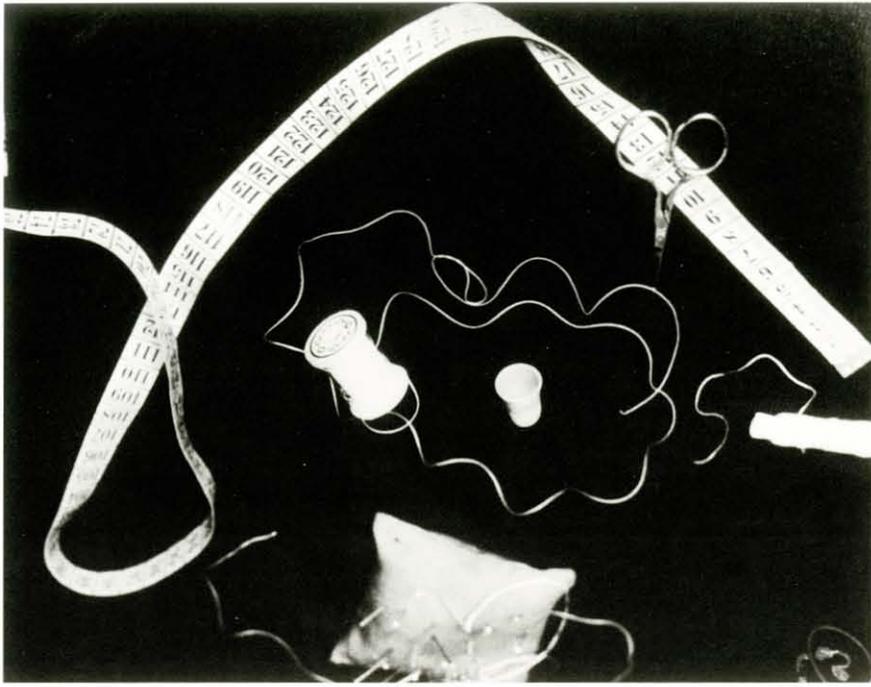
Por su carácter mecánico, es fuente de exactitud y precisión. Las relaciones entre el hombre y la máquina, determinan el gusto del fotógrafo: por encima de la técnica, de la gramática delicada de la luz, se encuentra la imposición de un orden, la expresión propia manifestada en el acto de escoger y analizar.

El mundo se ofrece al temperamento del artista y a su ojo mecánico con su inmensa materia prima: del átomo a la estrella. Cada uno verá el mundo a su mane-

ra. Cada uno verá lo que otro no puede o no quiere ver. Verá algo que sin su intervención no se suponía que existiese.

En la visión limpia, en la exactitud y el minucioso detalle de la imagen, fuente de sensibilidad plástica, nace el valor más alto de la fotografía. Valor técnico cuya perfección a veces nos llega a crear la emoción, estética. Pero esta emoción su esencia, es lo que quiero asir en pocas palabras.

Con cautela me acerco al término: realismo. A veces se le confunde con la misma impotencia de crear, con la pueril transcripción directa de cosas y situaciones. La fotografía por su naturaleza, nos da una



Tijeras y dedal, 1935

clara lección de realismo. No puede mentir ni inventar —de cierto modo— sino que se limita a registrar con lealtad lo que el hombre ha escogido para sus placas sensibles. Saber ser fiel, fríamente dócil, fantásticamente ágil.

El mundo que nos presenta la fotografía es un mundo extraordinario por su exactitud misma, por su detalle delicado y por la nitidez mineral de su visión. Lo descubrimos de nuevo, lo empezamos a conocer sin mixtificaciones. Las cosas, tal como son, como casi son, nos llenan de asombro. La fotografía les quita el polvo de rutinas, las limpia de sus nieblas literarias. Y desnudas, en medio de la luz, surgen, de pronto, vírgenes como antes no habían sido vistas por el ojo del hombre.

En relación a esta capacidad descubridora de seres y cosas, la fotografía constituye un arte para nosotros. Arte menor, dicen muchos comentaristas, por la participación del elemento mecánico. ¿No es una razón más a su favor? Ingres decía: "Nada queremos de ella. Que permanezca en su sitio y no venga a establecerse sobre las gradas de nuestra Escuela de Apolo, consagrada únicamente a las artes de Grecia y Roma". ¿No fue Ingres un extraordinario fotógra-

fo? Su enemistad la comprendemos claramente al escuchar este diálogo imaginario entre el gran pintor y la cámara.

He visto muchas fotografías de Manuel Álvarez Bravo. Encuentro en ellas sensibilidad y enorme poder expresivo. La fotografía es para él sutil lenguaje perfecto. Justo es que la cámara adquiera el temperamento de las manos que la poseen, del ojo vivo que les sirve de lazarillo.

Me seduce sobre todo aquéllas en que no hay arreglo, sino que divagando Álvarez Bravo dentro de sí mismo las ha encontrado, de pronto, en la calle, en cualquier sitio, y no como ilustración de su monólogo, sino cómo imágenes que su monólogo perseguía y no lograba alcanzar: ya sólo las ha liberado con la luz.

Uno de los valores principales de las fotos de Álvarez Bravo reside en las asociaciones inauditas, en las relaciones que establece entre los objetos y los seres más distantes, más imposibles el uno al otro y que ya juntos constituyen constelaciones poéticas, como el ave y el pez reunidos de improviso en la tromba.

En Manuel Álvarez Bravo estos descubrimientos, estas imágenes plásticas, tienen la soltura y la



Mazorca y flor, ca. 1935

naturalidad de una aparición. Y digo imagen en el sentido de transposición, tal como debe entenderse en poesía.

No debemos comparar la visión humana del mundo con la imagen fotográfica. El motivo de contemplación es diferente; pero no olvidemos que ambas toman parte en las modalidades individuales de la visión. En fotografías como las de Álvarez Bravo encontramos lo que se quiera, menos una realidad inerte, nacida de medios mecánicos sin pasión. Encontramos una realidad viva, animada por lo que él puso sirviéndose de la máquina, colaboración estrecha entre la luz y la sangre.

Un rostro visto por la cámara y por el pincel de un Ingres. La creación, la distancia entre ambos esfuerzos artísticos, lo percibimos con toda claridad. Naturalmente que suponemos un gran fotógrafo con sus armas frente a un gran pintor con las suyas. La obra realizada por ambos nos ofrece motivos de contemplación diferentes. La comparación, se antoja absurda. Es absurda, naturalmente: la fotografía

empieza a realizarse como arte verdadero en un campo que no es precisamente el de la pintura.

El entendimiento de sus posibilidades propias y su desarrollo, es la base del arte fotográfico. Igualmente acontece con el cinematógrafo, lejos del teatro o cerca de él, si se quiere, pero en un campo que tiene ya sus peculiaridades.

Lo mejor de Manuel Álvarez Bravo lo ha obtenido dentro del campo puramente fotográfico, más allá del retrato, del paisaje, de la naturaleza muerta. Esta comprensión bastaría para considerarle con uno o dos hombres más (Emilio Amero), entre los representativos del arte contemporáneo en México.

En reciente número de la gran revista francesa de artes plásticas *Minotauro*, André Breton dedica a Álvarez Bravo un breve ensayo y reproduce magníficamente algunas de sus inquietantes obras.

Fuente: *El Nacional*, México, 8 de septiembre de 1939. Col. Hemeroteca Nacional, UNAM